

LA VIDA PRIVADA

DE LOS

TRENES



VALERIA ZURANO

Premio Municipal de Literatura Luis José de Tejada, Poesía, 2017.

PRIMER PREMIO.

El Premio Municipal de Literatura Luis José de Tejada fue instituido por Decreto 372 B, del Gobierno Municipal, el día 21 de Diciembre de 1984, con el nombre de este premio se rinde homenaje al primer escritor cordobés (1604-1680) nacido dentro del territorio que comprende hoy nuestro país.

Jurado: Jorge Boccanera, Susana Cabuchi y Leandro Calle

Comentario del jurado:

La vida privada de los trenes, el jurado destaca el manejo de la palabra poética, la profusión de las imágenes y un ritmo sostenido. El libro coloca el eje en la figura del tren, un símbolo que se bifurca en ramales que aluden a la relación entre contrarios: viaje y quietud, encuentro y desencuentro, el goce y la nostalgia, lo vital y lo marchito. Hay un equilibrio relevante entre el hilo conductor y temático –el modo original de tratar un tópico común como el tren– que consigue una unidad armónica entre un fluido lenguaje poético y las imágenes que enfatizan el elemento visual.

© 2017 Valeria Zurano

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo o en parte, sin el permiso previo y por escrito de la autora.

Hecho el depósito que indica la ley 11.723

ISBN 978-987-9129-64-7

1. Poesía Argentina. I. Título.
CDD A861

VALERIA ZURANO

LA VIDA PRIVADA DE LOS TRENES

*“En las vías otra vez, otra vez respirar, la locomotora otra vez al frente, los postes de
telégrafo escapando, ser tren”.*

Sara Gallardo

Ida

*“Pues un tren no sólo moviliza sus hierros
sino sangre soñadora deslumbrada por el viaje,
rostros arena, rostros relámpagos, rostros que hacen música...”*

Enrique Molina

Los trenes duermen conmigo

sobre este cansancio se acuestan,
extienden esas planchas de hierro
hasta que el pánico del aplastamiento precede a la muerte.
Esas fuerzas secretas que aprisionan,
descansan junto a mí
sin mediar palabras.

Acarrean dentro de nosotros
los gestos en los rostros del pasado
el olor de la distancia en una imagen
la lluvia sobre un mapa de cristal en las ventanas,
mientras una brisa mecánica
con su mano de aire
acaricia la historia de la inasible permanencia.

A la medianoche
los trenes me engañan
paseándose por la habitación
transitan los costados de la cama,
caen mustios mis brazos
ante esa fuerza *prometeica* del progreso.

No han sido capaces estas maquinarias de llevarme a otros sitios:
han hecho de mí un ser atado a las vías
que sólo ve el cielo
que únicamente desespera
cuando siente las convulsiones de un tren que se aproxima.
Hicieron un cuerpo deseoso de escapar de sus propios recorridos;
no pudieron llevarme a otros sitios, y sin embargo
fui tan peligrosamente cerca.

He intentado unir con eclisas

aquellos rieles antagónicos
los días de nuestras privadas vidas,
esos durmientes gastados que golpean
la inestable superficie.

He tratado de unir las vías que van en sentido contrario
de la misma manera en que se cose una boca
o el lienzo rasgado del destino,
aunque los trenes caminen por los pisos de la casa
insistiendo con esas ansias de territorio
y perjuren sobre el arco de mi lomo
como si aún la juventud
el sonido de lo que sigue
y ese vaivén,
pudieran atraparme.

Cuando la pena se expande por los sistemas del universo,
entran sigilosos a la noche
y dejan una estación
que acomodo en el núcleo del fetiche de mis muebles;
una vergüenza encubierta en los palimpsestos,
deshojada,
a la vista del público,
esa vida inhóspita a plena luz
con sus marcas exhibidas de los viajes
como pliegues en el cuerpo dormido.

Cuando los trenes se acercan

tiemblan los cimientos de la casa

todo lo que tocan

lo tiñen con esa angustia de partir.

Hunden los sitios del amor

me empujan por una pendiente

separan la lluvia del paisaje

aturden con fallidas locomociones.

Intentan atormentarme con la próxima salida

arrojarme temprano a los andenes

salir con el amanecer,

bajo las luces de la noche anterior

y la patria del compromiso.

Dicen que del mismo material con que ellos se levantan

de esa misma materia está hecha la insistencia.

Parten lentamente con un movimiento humano

y el yugo irracional de los motores;

mientras en los vagones

las miradas buscan

un punto fijo donde perderse,

un punto detrás de las chapas

más allá de las ventanas

entre el espacio ínfimo que separa un rostro de otro

una madrugada con el día siguiente.

A veces tocamos el silencio,

y el silencio es una tregua;

una maquinación donde la paciencia

tiene la densidad de nuestras almas,

ese remache de la conciliación que nos afirma

al mástil de la continuidad.

Los trenes respiran,

los motores rugen, sus pulmones de acero
no quisiera que esos cuerpos arrastren como serpientes
esta melancolía
por los rieles del mundo,
ni que sus huesos metálicos
abracen mi infancia al costado de las vías.

Nunca les diré que imaginé una estación
oculta en los cajones ardientes de mi casa.

Los trenes piden nuestro aliento
piden devoción y entrega
en esta vida privada que florece,
reclaman esa estación que guardo
bajo insistentes lloviznas,
y ellos lo saben.

Saben que la velocidad es el remedio de los ingenuos
la ilusión intrínseca de los que avanzan.

En esta intimidad no podemos perdonarnos;
regresarán para llevarte
por esa línea invisible y estática
donde insistimos en hacer la fugacidad
de los que sostienen
la idea secreta del viaje.

Los trenes escriben en la hoja nocturna

traen las palabras de los ausentes lejanos

dicen el lenguaje de los muertos

la sombra que en el viaje nos espía.

En la muda escarcha del invierno traen tu voz

cantan hasta la madrugada

y el espacio comienza a deformarse.

Los trenes rezan nuestros nombres

en los galpones oscuros

y claman convalecientes desde la intolerable costumbre

de vivir con el cuerpo averiado,

alzan sus brazos porque cada uno de ellos es un brazo,

un brazo del que no puedo soltarme.

No podemos dejar de ser esa tristeza con la que nos llevan.

Fueron quitándome la ida y el regreso

perdí la razón con los horarios y la partida impredecible,

hicieron por debajo la agonía de los atropellados:

ese golpe de sangre y aceite

en la espantosa perplejidad de las ruedas afiladas.

Un ruego que detiene y disecciona el aire.

Algunos son atrapados por esas maquinarias que succionan para sí

esas fuerzas centrífugas en las fauces del movimiento

que es la muerte;

sobre el podio del destino o del azar

linchan con sus brazos de hierro

mientras los cuerpos suicidas se oponen

a la *epopeya* cotidiana

donde el territorio toma revancha sobre el cuerpo.

Con el amor más ferviente ellos han atentado

lo han hecho cada mañana al despertar
y hallarnos indeclinables sobre los andenes;
buscaron la forma
cuando abrieron sus puertas, vulneraron los frenos,
ensayaron descarrilamientos, adivinaron incendios fortuitos.

Pero es constante el periplo incauto de los que aman
por eso los trenes desoyen las canciones del desconsuelo
y duermen a mi lado
mientras sostengo esta locomoción contradictoria
a punto de descarrilar.

Ellos conspiran
para que a cada paso arrastre un cepo
una vida proclive a levantar objetos pesados
a entregarse al vaivén de los minutos
al repaso mental del equipaje.

Intenté esconder el rostro detrás de la lluvia
las gotas multiplicaron tus ojos,
quién nos protegerá en la desolación de las estaciones.

Un tren pasa sin detenerse
gira la veleta sobre el techo de chapa
la ilusión del viaje en ese golpe de viento.
He cocido la espera con el hilo negro de lo que se ha ido.
Dejamos de vivir;
no siempre un cuerpo es capaz de sostener a otro
en la fragmentación de la tragedia.

Al igual que las palabras

los trenes
son el sintagma ferviente del espacio,
una sucesión de vagones
en las pretensiones de la velocidad.

Las palabras son trenes que intentan desplazarse
pero les cuesta,
la máquina a vapor:
esa mano inerte que se equivoca tanto,
como una locomotora empuja la formación
y atraviesa las impiedades del tiempo.
Esa mano a vapor
sofocada por un silbato
encendiendo las pupilas de los lobos.

Un tren escribe en la llanura
como si fuera la superficie de una hoja:
una cuenca de un lado a otro escrita
sobre los viajes en que iba a buscarte,
un surco en el papel sobre el cual pensaba tu nombre
que apenas fue
flor de cardo entrando locamente por la ventanilla
mariposa atrapada en la jaula del vuelo
una mosca transitando el sonido blanco de la luz.
Lo efímero ante la estría del viaje
lo inalcanzable
el verde de la hierba
aquello que no te dije.

La tarde vuelve una vez más a las despedidas

los trenes parten en una vibración
de cimientos, de hojas, de rumores
la conmoción de pensar
que ahora estarás en aquel sitio de donde nunca viniste.
Las sombras equidistantes de los recorridos
hicieron cauces, cavaron día y noche
nuestras voces retumbando en los túneles
en las escaleras de cemento de las despedidas.

Un tren escribe la historia
con mano de pluma, con pulso de hierro:
nada escapará a la sentencia
que cubre el desgaste de los motores
cuando se duerme el sueño del óxido.

Despertamos y damos vueltas por la casa
tenaces, insistentes,
como una familia o un clan o una tribu
que raya sus nombres en los azulejos de las estaciones
que hace de la ciudad el manuscrito
de una existencia antigua.
Cada uno lleva para el cansancio del viaje
una ruina y una esperanza
una estrella inalcanzable
una manta de niebla, imperceptible,
para ocultar un morir extraño
secreta dicha del desconsuelo.

Los trenes andan por los pisos de la casa
extienden esas ansias de territorio,
prometen llevarme a ese tiempo donde ha quedado
tu equipaje bajo el fulgor de las estrellas
el ánimo en la ventana abierta del calor
la alegría menguando en las luces de los vagones.

La fricción de los cuerpos
pone a prueba nuestra perseverancia,
ahora somos los espacios y los materiales,
un enorme embrague mecánico
desoldado de la tierra.
Ellos separan la lluvia del paisaje
con motores anclados en la orfandad
y una lentitud que es la espera desgranada de las horas.
El tiempo es una trampa
un resorte a punto de estallar
contenido
arrugado por el peso de la resignación.

Apenas descansamos de esa lucha constante
que tiene el movimiento,
juntos resistimos esta peregrinación
que avanza hacia el calvario de la rutina.
Me abracé a esa necesidad de llegar a algún sitio
y fui sólo un cuerpo
con los cuerpos que viajan apilados.
Las fronteras nuestras desaparecen, pero hay otras
que levantan insistentes los muros del adentro y del afuera:
ésto es un vagón cuando el disparo
de la primera luz del amanecer
estalla en los ojos.

Un tren es un fantasma que emerge del calor humeante de las vías
una visión que poco a poco comienza a crecer
y puede palpase a través de la ansiedad azul
que mueve las nubes.

Los trenes hacen las estaciones del año,
se han apropiado del presente;
lo sumergen en los caldos humeantes y espesos
de los puestos de comida,
lo aprisionan entre respiraciones mancomunadas
en las madrugadas del frío.

El sol descende y vuelve taciturno el invierno,
sobre los techos las palomas ciñen las alas,
retorna la sensación del viaje de aquel verano
en que iba a buscarte.

Jamás los carteles podrán suplir los silencios
que hubo en esta historia.

Al igual que nosotros,
los trenes son presa de un viento extraño,
un viento que succiona los papeles y las bolsas
las voluntades y las piernas.

Ese viento es la constante dualidad
que arremolina la nostalgia
con un llamado que llega de otro andén
y de otro tiempo.

En la persecución del sosiego

con los vasos entre las manos, nos pedimos más;

ser, por ejemplo:

un convoy decidido y urgente que eriza los pastos hacia el sur

dejando al descubierto el mundo que se oculta,

ser una locomoción ágil con alas de pasajeros

un ferrocarril deseoso de liberar viajes enjaulados.

Al final de la jornada

nos quitamos este andar

donde un corazón retumba en el encierro

de los pies que laten y palpitan la distancia.

Ellos acarician mi pelo

con un movimiento mecánico,

ignoran esas conspiraciones en el matrimonio de los días.

Dejan sus motores en marcha

encendidos durante la noche

para que no olvidemos el viaje constante;

la trasmigración del alma que va de una estación a otra.

Sobre la orilla del descanso

los trenes contemplan estos pies cristalinos

enjuagándose la pasión

y aquel sueño que fue, en un comienzo,

ir a prisa por el campo de la ciudad.

Los domingos hacemos las maniobras del desencanto

medimos los cuerpos abrazados al mareo,
desconocemos la ficción y nos arropamos
con esta privacidad que ni siquiera es nuestra.

Tenemos una noche
que es un breve aliento en la persistencia del ahogado
y no me miran, ni los miro;
estamos contrariados aunque seamos carne y hierro
por el dilema de quien respira
y quien no sabe.

Tus brazos en las noches llevándome
por esas filigranas plateadas de las vías
mientras suena la música de todo lo que pasa:
los zapatos raspan la tierra
un coro de risas va de Norte a Sur
el silbato hurga la herida del silencio
los gritos suben por los túneles
el sonido de los violines son las cuerdas de las vías;
plateados rieles donde un destello
abre
como si fuese una llave
la puerta del camino.

Esa noche en la que iba a buscarte

el tren llevándome por la oscuridad
los grillos cantaban el entusiasmo del viaje de ida
una luz sobre la calle de tierra.
Todo estaba escrito en la cavidad insistente
de aquello que se abisma.

Vuelvo a sentir el calor de aquel verano
la plegaria del último tren
una rúbrica en las escrituras de la brea derretida
mis alas soldadas al reflejo de lo que creí verdadero,
cuestiones imperceptibles
pueden unir hábilmente el corazón
con el recuerdo de lo que fue separado.

Jamás vendrás por esas plataformas
no regresarás en los trenes, ni en las noches
ni volverás de la lejanía de todo aquello
que creíste que era tuyo.

Una sombra
hubo de posar su mano sobre nuestra frente
aquella noche
en la que íbamos sin saber.

Vuelta

*“Los trenes que pasaban a lo lejos
eran un poco tus caricias tímidas,
tus miradas.”*

Ricardo Zelarayán

He dejado mi amor sobre los trenes
su voz suplicante bajo la amenaza
de esos fuelles que devoran
la integridad de todos los cuerpos,
esas mangas que se retuercen
una membrana uniendo creación y decadencia
la contradicción de las migraciones diarias.

Lo he dejado caer
girar por el viento
ser llevado por los miles de pasajeros
hacia el lúgubre ritual de contar
las manchas de aceite sobre el camino.

Dejé un amor para los trenes
un insomnio de verano
mi sombra estirándose bajo la luz
de aquel farol coronado de insectos.
Lo he perdido en esas noches de calor
en las que ellos salían con sus cuerpos
a derretir los cristales del rocío.

Hoy supe que no existe maquinaria capaz de regresarte,
los últimos trenes te llevan,
te suben a sus balaustres, a sus ventanas,
te arrojan al grito de las conmovedoras bocinas
que perforan las membranas del silencio.
Te llevan hacia el oeste de la noche,
el espacio donde una estación tiene tu nombre
y alguien como yo,
espera.

No pudimos con esta travesía de casados

los trenes y yo adolecemos de una necesidad ineludible,
no somos existencias separadas
sino que giramos en el ocaso delirante de los círculos
hasta sufrir la inocencia y el desgaste
de no hallar reposo.

Al igual que una familia no podemos soltarnos
no aceptamos la paz, ni la deserción
aunque los gritos y las bocinas resuenen en las habitaciones,
y bailemos vehementes
en un tiempo centrífugo.

Nuestros deseos se chocan y son faros
perdidos, crueles, parpadeantes
que ven pasar la inmediatez de la confianza.

Mañana llegaremos arrepentidos y felices
al creer que de una vez y para siempre
pudimos liberar esta travesía de casados.
Suben las vibraciones, la casa es de ellos
las paredes sufren y se quiebran
los vidrios temblorosos de las ventanas
las cenefas desprendidas.

Y sin embargo si se aguza el oído; los trenes lloran
por esa nostalgia prohibida del pasado
por el designio de ser la melancolía del viajero,
la desazón de los que esperan.

Pero conmigo son implacables
y juzgan como una familia.
Regresan soberbios con esos ronquidos

y se apropian;
hasta que la vida queda en sus manos
como una promesa acorralada por la misma
fuerza entusiasta que la crea.
Los trenes lloran mientras quietos y a oscuras
con los pensamientos ardemos
en el calor íntimo de la noche.

Amarrada a la fantasía del estribo del vagón

admiro el horizonte y siento que naufrago
el tren como un barco singla el mar verde
abre las olas de pastizales de la pampa
esa inmensidad donde te busco.

Sobre la cadencia del ritmo
una melodía persistente brota
de su propias entrañas cuando rozan la tierra.
Nos queda pasto toda la tarde, toda la noche
el horizonte se encenderá como una gran fogata
y nuestras razones arderán adentro.

Este naufragio tiene el destino
escrito en sus papeles de agua
lleva la certeza de la última estación.
Quisiera guardar esta tormenta detrás de mis ojos
el viento arqueando los árboles
el tren perseguido por los grandes nubarrones
el relámpago y el trueno estremeciéndonos.

La primera gota cae sobre esta carta
el viento la quitará de mis manos,
un papel blanco suspendido en la tormenta se irá
como espuma de mar en el mar de la noche.

En el regreso esa pesadez nuestra hunde los pisos de la casa

esa tierra que ya no soporta

y nos hace descender

hacia los pies cansados del día del viaje.

Todos venimos a guardarnos, a descansar de nosotros;

nuestra resistencia

es esa locomotora que empuja la lluvia y el sol

el viento helado del invierno

la opacidad de la rutina.

Ella es como mi amor abandonado:

una máquina que ha impulsado todos los olvidos

un vehículo que arrastra obstinadamente la carga de la repetición,

el quejido de esos pesados engranajes.

El plan era quitarnos del mundo

empujar por los bordes del silencio

cualquier posibilidad de retorno.

El fin estaba guardado dentro de un puño de niebla

oculto en su sentido más oscuro

renovaba la angustia de los expulsados.

Al regreso los trenes y yo

renunciamos al movimiento

nos entregamos a la lectura de las estrellas

al sueño de los mapas, al espíritu volátil

a planificar el retorno.

Nos quitamos las ruinas materiales y dejamos

la ropa cansada del día anterior

sobre las plumas de la noche desierta.

Cuando llegamos de la jornada

retornan los rituales a la casa:
encendemos las luces que parirán nuestras sombras
la danza de esquivarnos
los pasillos por donde solemos perdernos
tu mirada sobre la estela de mi aura
la lámpara que nos ve comer sobre la mesa.

Al quitarnos el uniforme para ir y venir
el universo parece ser una sola existencia,
mientras la luna resplandece sobre las luces rojas
de los cruces peligrosos.
Viajamos por las habitaciones de la casa
y como sucede en el mundo,
en las casas a veces no hay estación donde encontrarse.

Luego del trabajo,
en el descanso de la noche, ellos estiran
mi pelo sobre la superficie blanda del sueño,
extienden las partes de este cuerpo que lograron
sobrevivir a la tormenta.
Y esto es la intimidad de nuestros días
esa mano que acaricia las depresiones de un rostro
en la furia de la noche contigua
sin buscar en ese rostro la respuesta al recorrido
porque en ese mirar podría perderse
a quien se ama, y así perdernos.

Ninguno de los que andamos bajo la insignia inquietante
de pelear y sobrevivirnos, se perdona que una eclisa
nos amordace y nos una,
que debamos velar por el equipaje
cuando ya lo hemos perdido.

Mi rostro ha quedado a centímetros de las vías,
desprendida de los otros
expulsada del vagón por la brusquedad de una curva,
como un fogonazo
aparece la visión de los durmientes:
veo pasar cada astilla de ese mundo
inquebrantable de madera y metal que está ahí
tan cerca de mi cuerpo, sobre las piedras de basalto.

Los pasajeros detienen la caída con sus manos
agarran las ropas cinchan
para que vuelva hacia dentro.

Cuando todos regresamos
y volvemos a la triste fortuna
del aire entrando por las puertas,
aparece una quietud donde los gestos
afirman que nadie puede dejar este viaje.

Hay un código de viajeros que se escribe
sobre la ilusión del próximo amanecer
en el manuscrito de la velocidad
y contra aquello que parece quieto.

El olor rancio de las estaciones perfuma el regreso

aquella lámpara dudando de luz
alumbra las siluetas de los fantasmas,
no hay señales que anuncien,
sólo el reposo de contemplar sobre los rieles
la exquisita forma que tuvo el tiempo de abandonarnos.

No hemos podido dominar el hierro
ni la distancia, ni el tiempo pasado del amor,
nada podrá quitarnos la voluntad
salvo esa maquinaria sofisticada
de la muerte.

Fuimos perdiéndonos mientras los trenes
como gigantes miraban de soslayo.
No pude regresar de esa inconcebible felicidad
que residía en ir a buscarte.
Los retratos sobre los muebles de la casa
nuestros rostros alegres en los planos equidistantes
de arrojarlo todo hacia el centro de las migraciones.

Juntos soñábamos con una formación que surcaba el aire
una columna que a gran velocidad atravesaba la llanura
un tren que una y otra vez salía a buscarte,
rugiendo, sobre la enloquecida protesta de esas llamas
que nos quitan.

El fuego es la pasión que siempre nos convoca:
un tren de humo se levanta hacia el cielo
y asciende.

Embriagados por las caricias lujuriosas del inframundo
y el alcohol de la despedida,
estos beodos (los trenes), llegan a la casa,
repiten por las habitaciones el discurso de los postergados
estiran sus brazos en la grandilocuencia
olvidando que gozan de la potestad inventada de una máquina.

Son dardos los inconvenientes de nuestras privadas vidas
cuando poco nos pertenece, salvo;
la soledad del camino
algún deleite momentáneo
ese frenesí con el que se habla.
Si tenemos una convivencia
es porque hemos resignado
los pensamientos a la fricción de un engranaje,
una ilusión triturada en el roce de los ejes de los vagones.
Hemos alzado cándidamente una mano en el aire
con la tranquilidad de quien se despide para verse al día siguiente

Los trenes velan mi sueño
de una manera maliciosa lo alimentan.
Sus ojos, esas luces que conquistan,
nos impulsan por las vías
y no tengo la fuerza mecánica de avanzar
sino una íntima entereza de estación bajo la lluvia.

Los trenes me han abandonado

en aquel éxodo perenne de regresarte,
me han hecho leal a cosas prácticamente imperceptibles:
apariciones que irrumpen en el apuro
el tiempo sobre los rostros transidos
las incansables manos en la voluntad de afirmarse.
Hicieron esa lealtad irretractable
donde se lucha cada día con una máquina
contra los prestidigitadores de la máquina
con la incertidumbre del mecanismo
y a favor de los brazos que hacen
la continuidad de los vagones.

Los trenes en su sabiduría de distancia y soledad
me han abandonado en la rutina de traerte
dejaron que el mapa que indicaba tu camino
se deshiciera en el sudor de pedir ayuda,
dejaron de escucharme por un tiempo
hasta ser un suspiro
en las puertas de la boletería.

A veces el pueblo quedaba atrás
callado en la línea del camino mudo
de no poder decir el nombre que me llevaba.
Detrás quedaba aquel zapato
amargado por el polvo, junto a los rieles
aquella casa y sus tormentas
la palmera aún en pie hecha cenizas.
Y yo dentro de un tren
que ya no podía escucharme
con un mapa diluido en la siesta de la espera
desvaneciéndome en el sudor del éxodo prometido.

Desde las ventanillas abiertas resuenan

risas y quejas de los niños
que contorsionan sus cuerpos sobre los asientos;
esa especie de llamado que hace lo extraño
cuando el limbo que anda entre nosotros se abre.

Los trenes jamás fueron formaciones ordenadas,
son túneles de luces intermitentes
que llevan espejos
para que el rostro agotado descubra
su estrella plateada en una ventanilla.

Los trenes lo permiten todo
a fin de mitigar el hambre del viajero:
la algarabía de los viernes
en ese furgón que miente el paraíso
el somnífero del traqueteo
para los que no pueden cambiar el rumbo.

Siempre las cabezas son las que insisten
con ese vaivén hasta que caen
en las aguas espesas de lo extraño,
mientras regreso adormecida a la casa arrastrada
por piernas que son una locomotora
en un sufrimiento de óxidos.

Alguien en el bullicio del viaje, pregunta:

- ¿Qué es la velocidad cancina de lo estropeado?

- Es una sucesión de oscilaciones

donde los trenes flamean esas banderas
hechas con la piel despojada del viajero.

Al llegar a la casa
y amparados por la intimidad familiar
les digo que sobre las venas de mis brazos emplazan estaciones,
excavan túneles, incuban una ciudad.
Les prometo un puerto para calmar esta desdicha;
“el día menos pensado
dejaremos los truenos de las vías,
la frialdad de los depósitos, las ruinas del equipaje.
Dejaremos nuestros cuerpos sin sus almas
quietos
como el metal bajo la herrumbre.”

Profundamente los trenes y yo creemos en la distancia

aunque estemos tan cerca unos de otros.

Esa creencia nos salva de presiones que intentan separarnos.

Levantamos altares en los rincones de la casa
para que la jornada sea una tormenta pasajera
para que regresen los mártires de las vías
las contemplaciones dedicadas al horizonte
y todos los impulsos reducidos a fogatas.

En el asilo del anochecer

los trenes vuelven para acostarse a mi lado,
sobre el desconsuelo de la noche
sus cuerpos entrañables, fríos apagan
las luces y los motores
sobre el territorio de mi cama.

Ha quedado atrás la vuelta

donde aprisionaba el equipaje contra el pecho
el pensamiento y los viajes a futuro.

Las caravanas de humo se rompen

cuando pasa una diésel,
el silbato en la tarde es una daga
que rasga el telón de la cercanía.
Tanto los trenes como yo sabemos
que para sobrevivir a la distancia
se debe reemplazar la fragilidad del destino
por una pieza de metal.

Los trenes viven a merced de los deseos extraños
ese aire sobre el que nadie tiene dominio
en el mundo, esa contienda en los baños oscuros
de las estaciones, donde *Eros y Thanatos*
se lavan como manos de un mismo cuerpo.

Andamos por los túneles
ciegos en la desesperación de salir
impredecibles como una luna
expulsada de los vagones,
corremos hacia el final del viaje
para alcanzar un regreso frustrado,
un conflicto
que es como una danza machacando
las gastadas máscaras de la privacidad.

La espera fue el alimento diario
nuestra forma de rumiar el tiempo,
detenidos en esa intriga
los trenes y yo miramos el atardecer
y siempre nos tenemos,
sentados vemos pasar los rieles tendidos
sobre el campo de la urbanidad,
la cadencia de lo continuo apagándose en el horizonte:
ese misterio
en el que los rieles no son vías
son reflejos que el tiempo hace de sí mismo;
el simulacro de un amor que vuelve.

Valeria Zurano (Morón, Buenos Aires, 1975) poeta, escritora, profesora de literatura.

Obtuvo el Primer Premio de Poesía de la Municipalidad de Córdoba 2017. Primer Premio de Poesía del *Fondo Nacional de las Artes 2010*. Tercer Premio de Cuento en el *Concurso Nacional Leopoldo Marechal 2010*. Primer Premio en el Concurso Internacional de Cuento Breve Babel 2009, Provincia de Córdoba. Primer Premio de Poesía *Concurso Nacional Leopoldo Marechal 2008*, entre otros.

Libros editados: *La vía circular*, Argentina, 2019. *La belleza del resentimiento*, Argentina, 2012. *Conjuro para detener el temblor*, Chile, 2010. *Operación Claridad*, Argentina, 2009. *El libro de las hormigas*, Chile, 2009. *El Gran Capitán-Crónica de un viaje al Litoral*, Chile, 2008. *Las Damas Juegan Ajedrez*, Argentina, 2007. *Barco en Llamas*, Argentina, 2003.